



DE NIÁGARA Á CHICAGO

HERRIBLE, martirizadora, hecha de cielos grises en movimiento vertiginoso y de ráfagas compuestas de un millón de agujas de acero por minuto, fué la tarde que pasé en el Niágara. Inolvidable porque el perenne despeño del río en los abismos no tenía el carácter profundamente *pasional* y trágico de las horas matinales. Ya no había lucha, ni torbellinos de nieve, ni grandes bocanadas de aliento polar; la mortaja blanca caída sobre la tierra, era tan espesa, que apenas dejaba adivinar las rígidas formas del cadáver de la vegetación; bajo ella el río, entre aquella inmovilidad ilimitada, parecía formado de crepúsculo y agonía; aquello era el símbolo gigantesco de lo eternamente fugaz é inútil de la vida.

Con estas reflexiones de moralista estupefacto en la cabeza, y en los pies un frío de tumba vieja, salí del carruaje de la compañía explotadora de la admiración de los turistas, y me metí por unos vericuetos convertidos en charcos de agua helada; llegamos al borde superior de la cortina de rocas que separa la Caída americana de la canadiense, y nos dimos, de nuevo, de manos

á boca con este Niágara hipnotizador, que jamás, jamás quisiera uno dejar de ver, como si deseara sorprender un momento en que se detuviese arriba el río, y suspendido en la orilla del precipicio, cristalizara su corriente vertiginosa en la cornisa del abismo y dejase escapar la masa de agua lanzada ya hacia el río bajo, mostrando, en desgarramiento formidable, el esqueleto granítico de la barranca; y luego enmudeciera todo, todo callara, y un silencio igual al de los instantes del Génesis que precedieron á la palabra creadora, reemplazara este perenne murmullo hecho de truenos y de tormentas.

Lo cierto es que la fiebre de fantasear, de describir, de comparar, de urdir metáforas y bordar imágenes, se apodera de todos ante el Niágara. Primero deprime, sumerge y disuelve el espíritu en espumas y arco-íris; viene la reacción, y luego un febril trabajo mental sucede á la estupefacción. Lo que se busca, al través de todo este caleidoscopio de sensaciones que acaban por monotonizarse en una impresión sola de admiración y de impotencia, es fijar y definir bien el fenómeno, para llevarse la *negativa* en el interior del alma y *revelarla* á solas y disfrutarla sin cesar

De toda nuestra contemplación vespertina, dos momentos me asombraron y me encantaron: la vista del río en el lugar en que prepara, en que *arma* su gigantesco salto, y el panorama total desde el remate de una altísima torre de fierro en un establecimiento de la ciudad de Niágara.

Avanzamos de roca en roca; todo el río venía hacia nosotros; todo él se componía de cascadas; todo él se compone de ensayos; cada cien varas emprende un salto toda la corriente de orilla á orilla; toda ella se encrespa y se precipita de golpe. Aquello es limitado, definido y breve relativamente, y parece infinito como el mar; quiere uno sorprender, en esas olas sin descanso y sin fatiga, una expresión de angustia y de miedo al acercarse á la caída, al azotarse en el abismo. Estábamos llenos de agua helada, nuestros *impermeables* chorreaban agua escupidos sin cesar por aquel oleaje desesperado; el río se convertía para nos-

otros en una ducha sin fin. Y sin embargo, no acertábamos á movernos, nuestra mirada se prendía á cada ola y la seguía en sus evoluciones desesperadas, asistía á su agonía trágica y la veía hundirse y desaparecer en un grito espantoso en la sombra.

Aquellos millones de dramas idénticos, perennemente renovados, nos retenían dolorosamente. Yo no veía cómo podría separarme de allí; no lograba moverme, no me iba á mover; el deseo imposible del Fausto de Marlowe de deshacer su alma en moléculas infinitas y dispersarlas en el espacio, se apoderaba de mí; el budista escondido en el fondo de mi temperamento perezoso que aspira al *Nirvana* por la flojera de soñar durante toda la eternidad, se asomaba á mis ojos, y desde esa ventana contemplaba al río correr, correr, correr

Por desgracia mi imaginación trabajaba, funcionaba el dinamismo mental y veía claramente el retroceso de la Catarata de una en otra cortina de rocas (porque todas las pequeñas caídas previas que tenía ante los ojos eran las grandes del porvenir), hasta llegar al lago de donde parte el río, que entonces se derramará directamente en su gigantesco cañón de granito. Yo no lo veré... no lo creo Uno ó dos millones de años (siento no haber recogido el dato aritmético preciso) pero tal ha de ser (millón menos ó millón más), el tamaño del tiempo que nos separe de ese que será el de la metamorfosis definitiva del Niágara Tal vez los hombres de este siglo estaremos de vuelta entonces en este purgatorio terráqueo Quizás no. Mi buen amigo el coronel Santa Fe, que tiene la felicidad de vivir en íntimas relaciones con lo suprasensible, podría darme una consulta sobre el caso ¿Pero para qué volver á esta Tierra si no se vuelve con lo que se ama? Es preferible al espectáculo del Niágara, un rincón del espacio desde donde podamos contemplar el salto de la *vía láctea*, el río de mundos, en la noche del infinito *dans le trou du charbonnier.*

Ateridos, cansados; como si hubiésemos andado 43 leguas en los ventisqueros polares, vimos con ojos de estatua las pruebas pirotécnicas de un señor con aspecto de gitano, que explota una fuente de carburo ó sulfuro de hidrógeno, ó algo por el estilo, en combustión perenne, y cuya flama, encerrada en un tubo, hace maravillas, entre ellas la de poner horriblemente lívidos y feos á los circunstantes; no lo digo por mis compañeros y por mí, que éramos feos de antemano, pero las señoras En fin, la luz que convierte en dinero el *guebro* aquel, es muy poco galante Cruzamos el centésimo museo, resbalamos por entre los mismos mocasines, cuentas blancas, pagayas, pipas de palo y esquimos de todos tamaños y colores que ya conocíamos, saludamos á una *miss* que debe de pertenecer á la misma fábrica que las de los otros museos, tomamos el ascensor y subimos á la cupulilla de una torre altísima de fierro

Panorama incomparable; la ciudad de Niágara sacando las puntas de sus chimeneas y los remates de sus tejados rojos de la gran placa de nieve que la había cristalizado en la mañana, estaba á nuestros piés; allá en el horizonte el Canadá esfumado, desvanecido, desleído en una masa gris de moléculas de agua; el sol se adivinaba por una claridad mayor en el vago plateamiento de la bruma occidua. Bajo esa claridad venía convulso y ronco, encabritándose y relinchando el río; no, no dice esto mi impresión; es una metáfora, probablemente recordada de las que usan los clásicos siempre que hablan de un río. Me dijo cierta ocasión Pablo Macedo, que el Niágara le había hecho la impresión del mar metido en una bandeja y derramado sin cesar en el abismo. Aquel río sin márgenes, porque la niebla las borraba, y que venía con estremecimientos epilépticos hasta el borde de la herradura, era magnífico, acongojador, inspiraba admiración y piedad; habría uno querido pararlo, desviarlo pero esto no era fácil. El río se bifurca, y dando su segunda rama un ro-

deo, viene aquí más cerca á formar la cortina derecha y elegante de la Caída americana.

Las escamas del río se apagaban, su masa gris corría cada vez más opaca; el tumbo inmenso llenaba con su trueno los ámbitos; el espectáculo sublime ya era más bien oído que visto. La noche fué complicando de sombra y de misterio aquel panorama sin comparación posible; los focos eléctricos que la niebla rodeaba de halos opalinos, marcaban las líneas de la ciudad perezosa y fría. Y yo, hombre sujeto al imperio de la carne en forma de beefsteck, habría renunciado á comer con tal de seguir soñando frente de aquella tiniebla, ese divino ensueño, sin contornos, casi sin conciencia, en que nos sumerge el dulce hipnotismo de los espectáculos inmensos Pero teníamos que tomar á las ocho en punto el tren de Chicago

¿Qué pasó en aquella noche? ¿Cómo habiendo encontrado todo el Pullman ocupado, á pesar de haber separado nuestros camarotes ó lechos (al gusto) desde New York, logramos encontrar nos mi buen amigo Genaro Fernández y yo, lugares cómodos para dormir? Es posible que este milagro se debiese al inglés de mi compañero, tan claro que yo mismo lo entendía y que difícilmente lo entendían los *yankees* que sólo entienden el inglés obscuro. Es muy posible; el resultado fué admirable; tenía yo tal cansancio de alma y de cuerpo, la sensación del Niágara había apurado por tal modo en mi espíritu la sensibilidad, que me podía considerar muerto psicológicamente. Vagamente oí que querían que yo dejase mi maleta abierta: dí mis llaves al conductor á quien, en aquellos instantes, habría dado también mi cabeza, y luego supe que como la línea férrea unas veces corría por el Canadá y otras por los Estados Unidos, había necesidad de dejar expedita la acción de los aduaneros; ese *luego* fué á las ocho de la mañana del día siguiente. Desperté fatigado, porque en sueños había seguido viendo al Niágara, y ya me caía en la cabeza como el Ganges cae en la del dios de la Trimurti Indica; ya lo veía á mis piés desde la cuerda de Blondin, ya me sentía rodar por la Caída encerrado en un barril, como otros

lo habían hecho. De modo que, en sueños, me morí dos ó tres veces, y muchas más, si se cuentan las muertes de miedo.

Ello es que después de almorzar me pasé algunas horas viendo con cierto estupor, es decir, hecho un estúpido, el paisaje gris, opaco y sin carácter que ante mí se extendía, sin darme cuenta de nada; por lo menos de nada me acuerdo. Creo que entonces fué cuando dormí de veras.

Un horizonte áspero, repulsivo, espinado de chimeneas negras, frío, húmedo y negro de nubes de humo que complicaban lo fúnebre del panorama, nos reveló la cercanía de Chicago. *Estopamos*, como decía mi compañero, en una enorme estación fea y sucia; pasamos por sobre veinte pares de ferrocarriles, le huímos el cuerpo á seis ú ocho locomotoras que, arrastrando cadenas interminables de wagones, se metían bajo techo sin decir «fierro vá,» y tomamos un coche incómodo y caro que nos condujo á nuestro hotel en el corazón de aquella ciudad exuberante.

Era claro que entrábamos en una inmensa víscera, en una formidable entraña de uno de los tres ó cuatro cuerpos que en el orden económico componen la Unión; Chicago no es un cerebro, ni un corazón, es un estómago ó cosa así; turbio, frío, incoloro, compuesto de masas de construcciones toscas, sin la menor intención estética, pero grandísimas, pero deformes, aquella ciudad que tiene dos tercios de siglo de edad, me hizo el efecto de una Nueva-York descascarada de todo estilo, de toda hermosura, de todo color y originalidad. Pero eso sí, los cereales, los ganados, las carnes circulan por todas las canales, venas y arterias, y se amontonan en todos los rincones y esquinas de este gran vaso de alimentación. La atmósfera, compuesta de átomos de agua y de carbón mineral, llegaba á ser casi irrespirable para nuestros pulmones que acababan de llenarse con el gran viento oxigenado del Niágara, y confirmaba en nosotros la idea de que andábamos por una sección de un tubo digestivo; la humedad que dejaba la bruma en las paredes nos parecía cierta especie de jugo gástrico, y yo temía instante por instante ser digerido por Chicago, la inmen-

surable tripa; mi compañero, que es de puro hueso, sonreía desdenguado ante esta perspectiva.

Eran las tres de la tarde y llegamos casi á obscuras á nuestro hotel; no era ni el *Auditorium* ni el *Palmer*, pero era una buena casa confortable; estos *yankees* que van y vienen incesantemente, son quienes mejor han entendido el modo de rodear el reposo de condiciones de comodidad absoluta; tienen que ganar en calidad lo que pierden en cantidad; ellos han encontrado la fórmula material del descanso intensivo. Yo se los agradezco.

*

Anduvimos una hora por el centro de la ciudad, vimos algunos de estos fenomenales edificios á que Nueva York nos había acostumbrado; pero más sombríos, más sucios, más improvisados; en aquella tarde apizarrada y densa, el pórvido negro y el granito rojizo hacían efectos lúgubres. Pero en fin, esos edificios decían algo, tenían una fisonomía, una presuntuosidad de advenedizos ricos que no dejaba de llamar y hasta de embargar la atención. Desgraciadamente estos modelos de arquitectura industrial y millonaria (permítaseme decirlo así) están barajados con casas de oficinas tan completamente desnudas de arte, que acaban por producir no sé qué vago deseo de cometer un crimen y de renovar el incendio que hace más de treinta años devoró á Chicago.

Tomamos un elevador en una de estas casas; entramos en una oficina. ¿El Sr. Cónsul de México? preguntamos.—Un joven simpático, amable, que me reconoció en seguida, se levantó vivamente; nos abrazamos y quedamos de amigos de veinte años en un minuto: era Felipe Berriozábal. Salimos con él; visitamos de paso algunos edificios; como era natural, hicimos alto en una estación de bomberos. No se encrespen mis lectores; no voy á describirles la maniobra *describidísima* (estoy faltando al respeto que debo á la Academia) de los bomberos americanos, ni la rapidez con que quedan casi automáticamente metidos en sus

pantalones, cuando los despierta la campana de alarma (supongo que dormirán sólo con un ojo), ni la instantaneidad con que vomitados por los tubos se encuentran sobre los caballos repentinamente guarnecidos, arrastrando bombas cuyas calderas están siempre á media presión, y pasando del sueño de sus camas solteriles, casi sin transición, á la pesadilla roja de las llamas, de los chorros de agua y de fuego, á los gritos de las víctimas, á los truenos de los desplomes y á la muerte quizás; no, no les describiré nada.

Ya era plena noche, ó por lo menos, plena sombra, cuando salimos de ahí; las grandes avenidas mercantiles, surcadas por wagoes funiculares que manejaban unos hombrones vestidos de hopalandas forradas de pieles, estaban apretadas de gente é iluminadas de blanco y oro por la luz de los focos incandescentes que brotaba á torrentes de los escaparates, y por la que bajaba en amplias vibraciones de las lámparas de arco. Surgiendo sin cesar de las penumbras palpitantes formadas en derredor de los altos cayados de fierro que sostienen los globos eléctricos, á la zona de luz cruda que las bañaba de lividez espectral, ó á la que emitían los cristales de las tiendas y las iluminaba de costado, las jóvenes obreras que por millares salían de los almacenes para tomar sus *elevados* ó sus *tranvías*, corrían por las aceras envueltas en sendas capas de paño, con sus canastillas en la mano y los ojos muy abiertos y muy fijos, como si una mano irresistible las atrajera hacia sí.

Penetramos en un edificio que ostenta la singularidad de tener algo así como un patio central, cercado por cuatro muros que se elevan á la altura de diez y ocho ó veinte pisos. Desde el centro del patio nos parecía que estábamos en la boca de un telescopio invertido; cuando veíamos desde arriba se nos antojaba el *tiro* de una mina. Esto se llama el *Templo masónico*; en el elevador que nos llevó á aquellas sublimes alturas nos encontramos de conductor á un muchacho mexicano, vestigio perdido de la *Exposición* de Chicago. Abajo en el *bar* tomamos un bock de helada cerveza contemplando un espléndido mosaico roma-

no que representaba el *Descubrimiento de América*; á regular distancia parecía aquella riquísima obra de arte un tapiz de alto lizo. También era un resto de la *Exposición*. Entonces los yankees se morían de amor por España, y la pobre princesa Eulalia creyó que la Federación americana estaba enamorada de ella . . . y le correspondió.